

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 21 de Octubre de 1878.

III TRAFALGAR III

Hé aquí un nombre en el cuales
está sintetizado todo un poema de he-
roísmo, de abnegación y de intor-
tunio.

¡Qué español no se conmueve al
evocarlo! ¡Qué corazón que no lo
recuerde con admiración, con res-
peto y con amargura!

Trafalgar es la última escena de
la representación de nuestro poderío
sobre los mares; la más grande epi-
peya marítima de nuestros tiempos.

Por eso fué tan ruidosa; por eso
sus ecos se dejaron sentir en todo el
mundo.

Cantarónla los bardos con inspi-
rado acento; la musa épica en sen-
tidos tonos. La fama escribió su
nombre en el zénit de la gloria.

La historia le dió una página oria-
da de luto y oro. Esta página lleva
por título: GLORIOSO DESASTRE DE
TRAFALGAR: 21 DE OCTUBRE DE 1805.

Setenta y tres años van pasados,
y aun en las concavidades de nues-
tras costas parece oírse repercutir el
ronco bramar de las cincuenta bocas
de fuego que con horrible estruendo
conturbaron el magestuoso silencio
de los mares.

Hagamo hoy algo de que el mun-
do pueda hablar por mucho tiempo,
decía proféticamente el almirante
inglés Nelson, momentos antes del
combate.

Una cosa parecida buscaba á todo
trance el francés Villeneuve, para
volver á la gracia de su señor y lle-
gar á ser el primer hombre de la
Francia.

El almirante español, el inmortal
Gravina solo pensaba en el sacrifi-
cio á que se le sometía en holocausto
de la política francesa. La España
nada iba á librar en la contienda,
como no fuera su honra; sus navios
tampoco iban á batirse por ella: otra
era la bandera, otros los intereses,
tras los cuales nuestros marinos
marcharon resignados al martirio:
triste convicción que esforzaba lú-
gubrenmente el recuerdo de Sicié y de
Finisterre.

Sin embargo: ninguno faltó por ello
en acudir á su puesto de honor. ¡Eran
españoles!

Villeneuve pudo convencerse una
vez más de que el marino español
no necesita se le advierta de que en
un día de combate no está en su
puesto el capitán que no entra en fue-
go.

¡Qué hubiera dicho al Emperador
del almirante Dumanoir y de sus
navios, si la desesperación no le hu-
biera llevado á su último término

cuando pasaba á Francia á dar cuen-
ta de su ineptitud y de sus desacier-
tos!

Hasta que grado supieron llenar
nuestros marinos sus deberes de ho-
nor y de patriotismo. pregonando sus
denodados hechos que han llevado
á la historia nombres tan ilustres
como los de Gravina, Alava, Cisne-
ros, Churruca, Alcalá Galiano, Val-
des, Uriarte y tantos otros héroes de
aquel gran día.

Allí Valdés, salvando obstáculos
de obediencia, se separa con su na-
vio de la División de Reserva que
mandaba el citado Dumanoir, es-
pectadora impassible del combate, y
al preguntarle éste que á donde iba,
al fuego contesta el valeroso Coman-
dante del *Neptuno*. Valdés recordaba
que en otro combate, no menos des-
dichado, había rescatado al navio
Santisima Trinidad del poder del
enemigo, y repetir quiso el intento
viéndole ahora desmantelado y próxi-
mo á rendirse. ¡Noble, pero inútil
esfuerzo! Ya no era tiempo de gri-
tarle con la bocina desde el alcázar
de su navio, como en *San Vicente*
«Vuelve á enarbolar tu bandera ó te
consideraré como enemigo». El ge-
neral Cisneros, de acuerdo con el co-
mandante Uriarte, había preferido
hundirse con el *Trinidad* en el abis-
mo, cuyas tinfas entrojecieron con su
sangre y la de trescientos trece de
sus valientes, á la cual se mezcló
abundantemente la de su generoso
salvador y la de doscientos cuarenta
y cinco de los suyos, después de de-
jar incólume su honra y sudoroso
en lucha titánica contra cuatripli-
cadas fuerzas enemigas. Solo así el
valeroso Uriarte pudo escribir á su
esposa: «Mi querida Frasquita, he
quedado con vida y con honor.

Allí los brigadieres Galiano y Chur-
ruca, comandantes del *Bahama* y
San Juan Nepomuceno hicieron bue-
nas sus palabras de no rendirse al
enemigo. Ambos mandan clavar sus
banderas, afirmandolas, el uno con
estas heroicas frases: *ningun Galiano
se rinde*; el otro, escribiendo á uno
de sus amigos: «¡oyes decir que
mi navio se ha entregado, di que he
muerto.» *Esto no es nada: siga el fue-
go* decía el denodado Churruca,
cuando una bala de cañón acababa
de llevarle la pierna derecha. Impá-
vido se mostraba Galiano herido
y cubierto de sangre sobre el alcázar
del *Bahama* alentando á su tripula-
ción, en medio de un diluvio de ba-
las de tres navios enemigos, cuando
una de ellas le quita el antejo de
la mano y otra después la vida. Am-
bos murieron como héroes. *Honor
de Bética* llama á Galiano el inmór-
tal Quintana: *Honor eterno de Gui-
púzcoa*, á Churruca.

En el *Principe de Asturias* cae
mortalmente herido el almirante
Gravina y á su lado el general Eca-

ño, su mayor general. El general Ala-
va queda también fuera de combate,
Alcedo sucumbió gloriosamente sobre
la cubierta del *Montañés*; Vargas,
Cajigal, Argumosa, Gardoqui y Pa-
reja testimonio dieron también con
su sangre de su heroico comporta-
miento como comandantes de los
navios *San Ildefonso*, *San Agustín*,
Monarca, *Santa Ana* y *Argonauta*.

La insignia del Almirante Gravi-
na que quedó ondeando en los des-
trozados palos del *Principe de As-
turias*, sirve de enseña para reunir
y conducir á Cádiz los desmantela-
dos buques españoles. La Providen-
cia quiso dar algunas treguas á aque-
lla existencia gloriosa, herida ya de
muerte, para que pudiera salvar los
restos de su escuadra. De los quin-
ce navios que la componían, tres
quedaron en poder del enemigo, otros
tres se fueron á pique en el comba-
te; y de los nueve que se salvaron,
cuatro perecieron al día siguiente
bajo la acción de un furioso temporal
que los arrojó sobre la costa. Tras
el hombre los elementos: la fatali-
dad en todas partes. Los temores
de Gravina salieron desgraciada-
mente ciertos: los presagios de Chur-
ruca estaban cumplidos.

Gravina, como valiente no titubeó
entrar en lucha con la misma adver-
sidad, ¡alma de héroe! Churruca, á
más de valiente era un sábio. Varo-
nes ilustres como este, decía el ofi-
cial inglés que se hizo cargo del *San
Juan*, no debían estar espuestos á
los azares de un combate, y si con-
servados para los progresos de la
ciencia de la navegación.

Allí todo fué calamidad, desola-
ción y luto. Mil veintidos muertos y
mil trescientos ochenta y tres heri-
dos fueron las víctimas que España
inmoló en aquel funesto día en aras
de la política francesa.

Las madres lloraron: la España
vistió de luto, unos en el hábito: to-
dos en el corazón.

Torrentes de lágrimas corrieron á
mezclarse con las saladas sudas, que
como inmensa cristalina lozaca cubrió
para siempre el sepulcro de tantos
héroes: ¡su tumba es el mar! La gra-
titud nacional tiene el desconsuelo
de no poder depositar sobre ella una
corona en el aniversario de sus má-
rtires; pero ninguna más digna. Cual-
quiera otra material hubiera sido
demasiado estrecha para encerrar
tanta gloria.

¡Héroes de Trafalgar: peleásteis
como buenos y como buenos supis-
teis morir y conquistaros un nom-
bre que correrá siempre unido al
par de los de Sagunto y de Numan-
cia! ¡Si vuestras frentes no ciñeron
el laurel de la victoria, culpa vues-
tra no fué! Vosotros nunca seréis
responsables ante el mundo: ni ante
la historia de la conducta del que
os llevó desatentadamente al sacri-

ficio, desoyendo vuestro leal consejo,
para emplear temerariamente vuestro
valor en pró de una boguedad
inaudita.

¡Villeneuve!... Respetemos la me-
moria de los muertos.

¡GLORIA Á LOS HÉROES!

MANUEL GONZÁLEZ.

MISCELANEA.

Se ha descubierto por un quími-
co francés un medio muy sencillo de
apagar instantáneamente el fuego
tan frecuente en el tubo de las chi-
meneas. Consiste en colocar en un
plato ó dos en el fogón y encender
cien gramos de sulfuro de carbono
cuyo manejo no ofrece peligro algu-
no. Los bomberos de París han apa-
gado instantáneamente por este me-
dio en los tres primeros meses del
corriente año cerca de trescientos
incendios. El sulfuro de carbono se
debe conservar en un frasco no com-
pletamente lleno porque es un líqui-
do muy dilatable. Teniéndolo en las
casas preventivamente en la canti-
dad que hemos dicho, se puede apa-
gar el fuego de las chimeneas en bre-
ves instantes.

Agricultura.—El gobierno ha da-
do un gran impulso á la agricultura
en Costa-Cuba, que es la parte más
fértil del litoral de la república en
el Pacífico.

Las vastas extensiones de territo-
rio baldío han sido concedidas á los
habitantes de Retalhulen y Hualga-
tenango y á algunos extranjeros. Las
«caferías» se encuentran en estado
florecente: en 150 hay más de 500.000
plantas que ofrecen abundantísimo
producto. La exportación del café
subirá este año un 20 por 100 res-
pecto de los anteriores.

A título de documento curioso,
copiamos el siguiente decreto del go-
bierno japonés, decreto que lleva la
fecha de 3 de Agosto.

«La duración de los prefectos en
sus cargos será de doce años, pero
cada tres años, inspectores especia-
les serán enviados á cada prefectura
para inspeccionar su conducta, y si
gun sean las relaciones de los inspec-
tores, los prefectos serán manteni-
dos en su puesto ó invitados á renun-
ciarse. Si han gobernado bien, serán
mantenidos en su puesto, si mal, los
invitará á que dimitan.

«La paga de los prefectos será de
1.000 francos al mes. Los que se di-
tingan por su celo y capacidad ten-
drán el ejercicio de sus funciones, reci-
birán después de la visita de inspec-
ción un sobresueldo de 250 francos.
«A los 8 años de desempeñar el ca-